

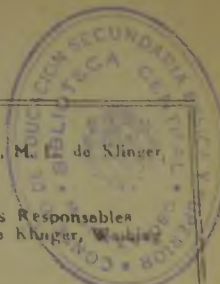
18 DE JULIO 535

MERCEDES - URUGUAY

Fundadores:
H. Peduzzi Escuder, M. de Klingler,
W. Lockhart

Directores y Redactores Responsables
Marta Larnaudie de Klingler, Wash-
ton Lockhart

Comité de Redacción
Duelia Citara Faroppa, Angela Rocca
Saldaña, Alfonso Klingler y Osvaldo Ro-
dríguez Aydo.



Actualidad de Thoreau

SOLEMOS reencontrar en voces casi olvidadas —y ésta es ya centena-
ña— un sentido primigenio de las cosas que la complicación del mun-
do actual, sin que apenas lo advirtiéramos, había corrompido y desvaneci-
do. Lo "natural", esa palabra que tantos empleos nebulosos nos habían
desbaratado, recobra en esos casos —y pensamos ahora en Thoreau— ese
significado primario que presentimos oscuramente en la fundación concre-
ta de todo acontecer. Y es que Thoreau, aunque conferencista y escritor —
tal vez y en gran medida a causa de ello mismo —vive en ese plano am-
biguo en que la inmersión casi carnal en el acontecimiento natural lucha
aún con el deseo de lograrla. En medio de sus poderosos y serenos arreba-
tos con los que penetra en la realidad circundante y en sus velados códi-
gos, conserva, como necesario asidero para su dinamismo creador, un re-
cuerdo persistente, que lo excita y obliga, del hombre cautivo en la organi-
zación ciudadana. Su vigencia, para nosotros, nace precisamente del he-
cho de que compartiendo a ese respecto nuestros padecimientos, es, ínte-
gramente, un ciudadano, incluso con un odio incurable al ciudadano —¿có-
mo sentirlo de no serlo?—; agradezcamos a ese odio empero, aunque con-
denemos su obsesiva persistencia, el afinamiento que procurara a su vi-
sión y a su sensibilidad; nunca un deseo obtuvo, aun mal nacido, más cum-
plido logro. Podemos dudar de la insistida ejemplaridad de su liberación
(son demasiado visibles las cadenas que aún arrastra —junto con las de
agrimensor— de aspiraciones sociales; son por eso mismo demasiado fútiles
las decepciones que va sufriendo). Su lectura, sin embargo, contiene para
el hombre moderno una encantada, una inagotable incitación.

DEBEMOS, en efecto, reconocer, pese a las objeciones aquí insinuadas,
que Thoreau ha llegado a pulsar milagrosamente sus propios límites; sabía

como nadie que para reencontrarse es necesario previamente perderse. Reconoce en él "como una parte de sí mismo que no comparte la experiencia, sino que toma nota de ella y que no es más yo que tú". "La tierra está llena de ley", sólo el hombre se ha inhabilitado parcialmente; pero "¿por qué ha de perder su ánimo el hombre?". "Necesitamos presenciar la transgresión de nuestros propios límites y cierta vida que apacienta libremente donde nunca andamos nosotros". El hombre ha de volver a su morada consubstancial; ha de olvidar sus leyes mezquinas y reintegrarse a ordenaciones más veraces; somos la primaria virtud pero no nos recogemos y aprehendemos sino en la concertación universal, a través de un amor que nos traspasa. "El hombre solamente puede expresar su relación con la verdad, pero no puede explicarse la verdad", relación que nos abarca enteros, hueso y hólido; el pensamiento apenas roza esos inauditos tesoros; la razón ignora la condente emanación de las cosas; su visión artificial elude la consistencia de lo concreto; "¿cómo podéis caminar por la tierra si veis a través de ella?". La verdad no es un informe a una Sociedad de Ciencias. El naturalista es casi siempre el menos natural de los hombres; su ciencia es una enorme omisión; sus propósitos, una sumisión inadvertida. Lo importante del conocimiento es en todos los casos, el acto de aprehender y no lo que se aprehende; la irrepetible promoción que lo singulariza (acaso sea por eso que el sentido predilecto de Thoreau es el olfato, el más íntimo e insobornable, el que se enega más en la sustancia propia de las cosas).

SU entereza moral es admirable; su prescindencia sentimental de las cosas; su desapego, su conciencia de la futilidad de todo arrepentimiento. Todo lo que existe es bueno. La moralidad sacerdotal es política pura. ¿Qué es ese galimatías de hacerme a mí lo que te haga a ti o viceversa?: todo un sucio negocio. Hacer el bien es ser lo que somos, deshaciéndonos de la tiranía de las opiniones adhesivas, no tanto de la coacción externa ¡tan evitable!, sino de nuestros íntimos respetos, por los que nos repetimos y encadenamos, bordeando nuestras más verídicas necesidades. "Cada vez que enseñamos a nuestra virtud una nueva nobleza, enseñamos a nuestro vicio una nueva astucia". Podría firmarlo La Rochefoucauld. Para su afán de un yo tensamente vivo, los máximos enemigos eran el fanatismo y la mojigatería puritanas, las valorizaciones y construcciones sociales y políticas. "Ocasionalmente nos elevamos por encima de la necesidad de la virtud, hasta una luz natural invariable, en la cual no tenemos que elegir entre el bien y el mal, sino simplemente vivir bien y respirar el aire que nos rodea". Es casi la voz de Nietzsche: que cada uno dance al compás de su música, aspirando hondamente, no como condolidos que necesitan, para recobrar una conciencia positiva, los oficios de intermediarios ungidos al efecto; el amor alcanza sabidurías y alegrías que no conoce quien permanece sometido a autoridades efímeras y deleznales. Pero ¡cuán pocos son los que

cun en el seno de la democracia, alimentan con su actividad tácitamente superficial, las opiniones circulantes! Ante los enfrentamientos artificiales a que conducen la mutilación y segregación del yo, producto de una subdivisión creciente del trabajo; ante la consiguiente deformación y degradación de la experiencia posible, se exalta en Thoreau una cercanía del sentir en la que se conjugan directamente nuestras capacidades originales con las vicisitudes más apremiantes; un vivir inmediato en el que se realzan esos contactos, como revelación inmediata de sus necesidades más legítimamente reales, sin delegarlas oscuramente en anónimos cooperadores.

—“¿Qué es la religión? Aquello de lo que nunca se ha hablado”.

Lo demás, rutina y esquema; renuncia y sometimiento. La caridad: un reparto de sobras. Añoramos una cooperación más digna que la que suele establecerse entre sobreentendidos infericizantes. No creamos mucho en las excitadas oposiciones que a veces los disimulan; esas aparentes discrepancias afectan solamente el uso circunstancial de las normas presupuestas; son variaciones en las que se matiza una complicidad incommovible.

SOBRE ese mundo que aspira y penetra tan hondamente, Thoreau erige la realidad más alta de un fluir ideal que lo trasciende; mientras las cosas ruedan vanamente, la vida desarrolla su invicta potencia en nuestro pensamiento. Vivir y morir no son sino evidencias de esa vida más plena. Morir es un momento del vivir.

DE lo más alto del pino rojo, trajo un día Thoreau a sus asombrados coterráneos la flor que abriéndose fuera del alcance de sus limitadas expansiones, nadie había visto nunca; pero aún soñaba con alcanzar la Edelweiss (Noble Pureza), que florece en los altos peñascos tiroleses, donde como es sabido, todos mueren al lograrla.

W. L.

NOTICIA BIOGRAFICA. — Henry David Thoreau (1817-1862) nació en Concord, Massachusetts, donde, salvo breves ausencias, residió toda su vida. Se graduó en Harvard, ejerció el magisterio, dictó conferencias y en 1845 se retiró a una solitaria cabaña de Walden Pond que él mismo construyera, entregándose a sus experimentos con árboles, animales y peces, y donde escribió los 39 volúmenes de su Diario íntimo. Emerson, su gran amigo, a cuyo lado yacen sus restos, dijo de Thoreau:

“Vivió solo; no se casó nunca; no fué jamás a la iglesia; nunca votó; se negó a pagar impuestos al Estado; no comió nunca carne, ni bebió vino, ni fumó; y aunque fué naturalista, jamás se sirvió de una trampa o de un fusil”